
HECTOR VERA: HUESPED DE OSCURO EXILIO

POESIA

José Barroeta

a Iván Real.

Un intento final de perseverancia dentro de una escritura acosada por la soledad, por una desesperada metáfora del ser, tendió su complicidad a la muerte de un poeta que desde sus comarcas transidas imaginó y vivió los castigos de una palabra intensa y recia, de una voz que se desplazaba en él como búsqueda de una causa perdida que lucía en la mirada de ángel íngrimo y lo convirtió en apasionado sonámbulo de una existencia que buscó conjurar en la amistad y en el deseo de una evasión liberadora.

Atento siempre a las formas de un horizonte civilizado que sirve miserias, Héctor Vera deja como secreto testimonio una calificada obra inédita de poesía, narrativa y teatro, que fragmentariamente y en relevo tuvimos ocasión de leer. Obra en la que el poeta no encuentra reposo para su espíritu, sino apenas:

“ruinas

donde antiguamente estuvo fundada el alma”.

Verso conmovedor escrito días antes de morir, de la tarde de infarto con golpes de un marzo reciente, que esconde la mística sonoridad que lo hería y dejan al errante huésped en exilio que fue, acompañado de otras memorias que ciñeron su sacrificio cotidiano.

El transparente propósito del poeta de evadir toda ceremonia que no respondiera a sus afinidades, a sus vestigios inscritos en el claroscuro de la serranía, en el alba frotada por la condena de los hombres o en la ternura cómplice de amor, fueron dejando a la intemperie su pálido cuerpo de ave alta y la escritura tensa, sabia, de marginado hacer. Consciente de una engañosa fatalidad pudo huir y alegrarse entre los pocos seres que compartieron sus tragedias y a quienes su muerte les queda como imagen de un propio y doloroso revés. Una prenomiación terrible fluye de una existencia adversa que con inquieta y patética majestad reconoce, de un mundo, de unos mundos que tanto le pertenecieron y turbaron. Una premonición que interrumpe o aplaza la consagración definitiva del fruto original que guardó por instantes y que luego, en el poema, torna inaprensible bajo el desaliento de un interrogante sin principio ni fin:

“Y tengo una semilla
¿Pero qué es una semilla a esta edad cuando la flor
aturde?

Es probable que en esta dualidad entre la vida y la desesperanza que el último de los textos ostenta, Héctor Vera, el conocido y el marginado de muchos, revelará voluntariamente, su retorno insomne hacia una tierra muerta que amaba, donde su cuerpo y el enigma de nuevos horizontes vencerían el silencio y el descanso albergados en el inevitable, profundo “grito amargo de las maderas”.

La publicación de estos poemas no puede entenderse como un homenaje póstumo o convencional, sino como el reconocimiento tardío a la vida y a la obra de un poeta que supo guardar lumbre y ternura para con todos y para la muerte.

Confieso que escribo esta pequeña nota con sinceridad, al borde de una tristeza culpable, porque nunca fui el atrevido solidario de un poeta que comencé a apreciar en mis anteriores y borrascosas estadías en Mérida, que me ayudó a conocer y amar esta intensa geografía que hoy habito. Ahora sólo me quedan sus restos en el sueño, el profundo temblor de su escritura, las cabezas decapitadas de sus amigos como la mía en la noche. La única verdad reside entre nuestros testimonios y sus sombras, entre los suyos y la verdadera edad de los celajes.
